



La gran final

En una pequeña ciudad de Cataluña vivía Pol, un niño alegre y lleno de energía que utilizaba una silla de ruedas. Le gustaba buscar nuevas formas de divertirse, y una de sus grandes pasiones era el baloncesto en silla de ruedas.

Soñaba con convertirse en jugador profesional. Pasaba horas en la pista del barrio, practicando lanzamientos, tiros libres y giros con su silla. Tenía buena puntería y muchas ganas de aprender, aunque a veces encontraba obstáculos que ponían a prueba su paciencia.

Un día conoció a Laia, una niña de su edad a la que también le encantaba el baloncesto. Al verlo entrenar quedó impresionada por su habilidad y le propuso formar un equipo para participar en un torneo local. Pol aceptó emocionado.

Junto con otros chicos y chicas que jugaban en silla de ruedas, empezaron a entrenar. Con el tiempo se hicieron amigos y aprendieron a colaborar. Pol descubrió que su habilidad individual era importante, pero que escuchar a sus compañeros y trabajar juntos lo era todavía más.



Cuando llegó el torneo, sentían nervios y entusiasmo. En el primer partido se enfrentaron a un equipo con mucha experiencia. Jugaron con energía y valentía, pero perdieron por pocos puntos.

Pol se sintió decepcionado y empezó a dudar de sí mismo. Laia y sus amigos le recordaron que una derrota también podía enseñarles cosas. Se reunieron para hablar de lo que había salido bien y de lo que necesitaban mejorar. Después volvieron a entrenar.

A medida que sus pases y sus jugadas mejoraban, también crecía su confianza. Cada miembro tenía una aportación diferente: unos defendían bien, otros encontraban espacios y otros acertaban desde lejos. Juntos aprendieron a aprovechar esas diferencias.

Un partido hasta el último segundo

Por fin llegó la final. El equipo de Pol volvía a enfrentarse a los rivales que lo habían derrotado al principio. El pabellón estaba lleno y las gradas resonaban con aplausos y voces de ánimo.

El partido comenzó muy igualado. Los contrarios tomaron la delantera con las primeras canastas, pero Pol y sus compañeros recordaron sus entrenamientos y mantuvieron la calma.

Laia recuperó varios balones con movimientos rápidos y precisos. Pol anotó tiros libres que ayudaron a reducir la diferencia. Los demás aportaron una defensa firme y pases bien pensados. El buen entendimiento se notaba en cada jugada.

En los últimos instantes, con el marcador empatado, los rivales anotaron una canasta y se pusieron dos puntos por delante. Quedaban muy pocos segundos.



Laia encontró a Pol con un pase perfecto. Él recibió el balón cerca de la canasta, se concentró y lanzó. Un defensor le hizo una falta durante el tiro, pero el balón entró. La canasta valía dos puntos: ¡habían empatado!

El árbitro concedió el tiro libre adicional por la falta. El pabellón quedó expectante. Pol respiró hondo, recordó las horas de práctica y lanzó. El balón atravesó el aro.

¡Un punto de ventaja! Cuando sonó el final, sus compañeros se abrazaron y las gradas estallaron en aplausos. Habían ganado por un solo punto.

Mucho más que una victoria

Pol estaba feliz, pero sabía que aquel resultado no le pertenecía solo a él. El pase de Laia, la defensa, los entrenamientos y el apoyo de todos habían hecho posible la última jugada.

Después del torneo continuó practicando para acercarse a su sueño. También siguió compartiendo partidos, risas y nuevos retos con sus amigos. Sabía que habría más victorias y más derrotas, y que ambas podían ayudarlo a aprender.

La gran final nos recuerda que el deporte es un espacio para participar, disfrutar y crecer juntos. La confianza, el apoyo y el trabajo en equipo cuentan tanto como el marcador.